

NEW LEFT REVIEW 94

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2015

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON

Rusia inconmensurable

ENTREVISTA

JAN BREMAN

Un investigador sin trabas

ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO

Después de Waterloo

MALCOLM BULL

El declive de la decadencia

ROB LUCAS

¿El socialismo como idea reguladora?

CRÍTICA

ALEXANDER ZEVIN

El apagavelas

DAVID SIMPSON

Construir el sujeto liberal

RACHEL MALIK

Representaciones figurativas

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Mark Greif, *The Age of the Crisis of Man: Thought and Fiction in America, 1933-1973*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2015, 434 pp.

DAVID SIMPSON

¿LA CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO LIBERAL?

Este libro, el primero de su autor, aspira a acotar un conjunto de ideas procedentes de un pasado relativamente reciente (fechado, con una llamativa precisión, entre 1933 y 1973), que perduran aún en el presente que hoy habitamos. Es, o lo es en su mayor parte, un pasado estadounidense y Greif expone que su rasgo definitorio en tanto que momento intelectual es la proliferación de tentativas de un relato universalista de la naturaleza humana que está lejos de estar anticuado, incluso aunque, en muchos círculos, esté totalmente desacreditado. Arranca con la observación de que un gran número de los más prominentes intelectuales de mediados del siglo xx se ocuparon del destino del *hombre* o de la *humanidad*, la mayor parte de las veces interpretado en el contexto de un estado de crisis perentoria. En la primera parte de su exposición nos ofrece una historia y una interpretación de esta obsesión. La hipótesis de Greif es que, a lo largo de este periodo, el debate sobre la «crisis del hombre» funcionaba como una especie de «principio de determinación invisible» que ejercía una fuerza gravitacional a lo largo de «todo el espacio del pensamiento público» en Estados Unidos desde la década de 1930 hasta la década de 1970. Si este hecho ha pasado en su mayor parte desapercibido es en parte porque, hasta ahora, los diversos aspectos del discurso sobre la «crisis del hombre» solo se han estudiado dentro de sus propios compartimentos intelectuales-históricos: la «naturaleza del hombre» como un problema fundacional para la teoría política desde Aristóteles; la crítica de la modernidad capitalista como un problema para el «hombre» a

partir de Weber, Marx o los románticos; la «crisis del liberalismo» de entreguerras, tanto económica como democrática; la (convulsa) reafirmación del liberalismo durante la posguerra; la defensa del individuo frente al totalitarismo del «mundo libre», como ideología rectora de la Guerra Fría.

Y, sin embargo, propone Greif, durante las cuatro décadas de este largo «mediados de siglo», esas corrientes convergieron para constituir un «discurso sobre el hombre» que fuera identificable. A lo largo de ese periodo, los intelectuales estadounidenses se dedicaron habitualmente a efectuar una «nueva investigación sobre el sujeto humano mayoritario», sin caracterizaciones particulares, y sobre un «humanismo autónomo», a pesar de que durante las décadas de 1930 y 1940 se concentraron básicamente en analizar las amenazas exteriores, mientras que durante las de 1950 y 1960 se ocuparon mucho más de las amenazas internas. Su objetivo era una cuádruple nueva ilustración, que debía abordar la ontología, la teología, la historia y la tecnología; perseguían una reafirmación, a la vez humilde y ambiciosa, que pudiera ejercer una resistencia potencial al hecho de que el mundo fuera poblado por el hombre totalitario, y ello mediante la revalorización de una capacidad que era individual, pero que, sin embargo, se ejercía para el beneficio del conjunto. Greif es consciente de que ese gesto está rodeado de una cierta «vacuidad», por lo que es posible que el lector actual encuentre estos escritos «ilegibles», «tediosos» e «improductivos». Pero nuestro autor conceptualiza con osadía esta vacuidad en términos de «mayéutica» o partería, según el modelo de Sócrates, que extraía la sabiduría de los demás mediante sus provocaciones. En el caso del discurso de la «crisis del hombre», la partería implicaría establecer el valor de sus preguntas, más que proporcionar respuestas definitivas a estas.

El resultado es una construcción impresionante que reúne un despliegue de pensadores y de tradiciones intelectuales cuya sincronía ha pasado ampliamente desapercibida. Las carreras estadounidenses de Lewis Mumford, Martin Buber, R. G. Collingwood, Erich Fromm, Reinhold Niebuhr, Claude Levi-Strauss, Mortimer Adler, R. M. Hutchins (y la Universidad de Chicago), Sydney Hook, Karl Mannheim, Dwight Macdonald (y *The Partisan Review*), Hannah Arendt y Herbert Marcuse se debaten con un detalle interactivo, al menos en la medida en que se hayan pronunciado sobre la «crisis del hombre». Camus y Sartre interpretan sus frases y Susan Sontag tiene un papel protagonista. Lionel Trilling ejerce una función de «poder en la sombra», cuando hace su alegato defendiendo el poder de la novela; al lado de Ralph Ellison y Saul Bellow hay lecturas detalladas de Flannery O'Connor, William Faulkner, Ernest Hemingway y Thomas Pynchon. Por debajo y por detrás de todos estos nombres se apostan las presencias fantasmales del filósofo John Dewey y del antropólogo Franz Boas y sus respectivos paradigmas del experimentalismo progresista y del pluralismo cultural, que sirvieron

como campo de pruebas para la nueva retórica. Junto con la influencia de los emigrados judíos y alemanes antes y durante la guerra, el existencialismo francés de la posguerra tuvo un papel catalizador, dado que fue «el medio a través del cual el discurso sobre el hombre accedió al núcleo secular y político del intelecto neoyorquino». Durante un breve periodo, después de 1945, apunta Greif, parecía que las Naciones Unidas ofrecerían una solución pública a la crisis del hombre, pero resultó ser una «dolorosa decepción», ya que fue dominada cínicamente por el ejercicio del poder de veto otorgado al Consejo de Seguridad. El discurso sobre los derechos humanos proporcionaba unos ideales duraderos que, de hecho, aún hoy siguen vigentes. Pero los antropólogos seguidores de Boas ya se oponían a cualquier gesto universalista, mientras que Arendt argumentaba enérgicamente que no existía un concepto manejable de naturaleza humana al que se pudiera acceder con independencia de las condiciones comunitarias locales.

Todo esto constituye una lectura muy amena. Pero, sin embargo, ¿hasta qué punto se puede leer esta mayéutica «vacua» como un método intencionado y no como el reflejo del espacio vacío de una ideología insostenible? Greif es precavido a este respecto. Entiende que la defensa del hombre universal minimiza las cuestiones raciales, de género y de desigualdad económica. De hecho, muestra cómo la novela, tal y como la escriben Bellow y Ellison, fija demasiado su atención en las experiencias del judío y del negro (empleando la palabra entonces habitual) como para ofrecer un respaldo simple a la retórica de la «humanidad». Al mismo tiempo, indica que el lenguaje de la universalidad sigue siendo deseable e incluso redimible en los lenguajes de estos mismos novelistas y de sus protagonistas. Ponen a prueba el lenguaje de la universalidad, pero no lo rechazan del todo. Los capítulos centrales de *The Age of the Crisis of Man* exploran cómo la novela, en tanto que «disciplina de lo concreto», rivaliza y no rivaliza, avala y no avala, los métodos e hipótesis de los historiadores, de los científicos sociales, de los teólogos y de los filósofos. En este punto el libro se acerca más que nunca al género de la tesis doctoral, aunque la referencia constante al contexto intelectual y a la historia política lo convierte en algo más que un mero ejercicio estético y formal. Y aunque nos cuenten, como de hecho nos cuentan, que la prosa de ficción inevitablemente acaba por parecer mucho más complicada que la mayor parte de las ciencias sociales, afortunadamente no hay aquí rastro del triunfalismo de la disciplina que tan a menudo acompaña dichas afirmaciones. De hecho, la novela es relevante debido a las preocupaciones que comparte con los escritores de la «crisis del hombre» y no debido a ninguna excepcionalidad genérica.

Greif escoge un ensayo de Lionel Trilling de 1948 para encarnar la defensa de la novela estadounidense como la portadora del desafío de redimir la situación del hombre. Pero, una vez más, las categorías de lo

humano están sometidas a presión en Bellow y Ellison, aunque se hayan insinuado mediante lo que el autor denomina «platonismo caracterológico» o «tipología idealista» (el ideal es plural, pero de una variedad limitada). El caso de la católica Flannery O'Connor, que defiende la imposibilidad de un optimismo meramente secular, se explica también como la respuesta a la retórica del «discurso sobre el hombre»; y su atención al cuerpo vulnerable como algo que perturba al idealismo liberal aparece aquí como un ejemplo temprano de los síndromes tecnológicos que dominarán la ficción posterior, especialmente la de Thomas Pynchon. Hacia finales de la década de 1960 el «hombre» prácticamente ha desaparecido y ha sido reemplazado por un ensamblaje de partes corporales animadas por una función esencial que es, significativamente, cibernética. El planteamiento de Greif de «la década de 1960» como un desafío crítico al universalismo de «mitad de siglo» sabiamente abandona la novela como la fuente primaria del análisis, para regresar a una historia intelectual más amplia y adentrarse en el activismo por la liberación a gran escala. Esto proporciona una de las partes más interesantes del libro. La nueva discordia que Greif percibe ahora en el centro de la agenda intelectual se expresa mediante el incremento de la atención hacia los asuntos raciales y de género (aunque mucho menos hacia la Guerra de Vietnam). El hombre y la humanidad han dado paso al «hombre» en tanto que encarnación negativa de todo lo que «está helado, es monumental, está petrificado, letal o bloqueado para la diferencia interior o para el cambio».

Hace su aparición la teoría, tal y como hoy la conocemos. Hace su entrada en francés, de la mano de Susan Sontag, entre otros entusiastas precoces. Greif valora la ascensión de la *teoría* como la interpretación que posibilita un *big bang* experiencial que la filosofía estadounidense dominante había fracasado claramente en proporcionar cuando eligió no adoptar las agendas sociopolíticas del Círculo de Viena, optando en su lugar por un cientifismo estrecho que era «apolítico, masculino, presentista y angloliberal». Greif logra una de sus mejores puyas hablando de Quine: «Pocas veces un filósofo se habrá creído tan cosmopolita o habrá sido tan provinciano». Los departamentos de filosofía estaban mal equipados para responder a los desafíos de la década de 1960 y, por lo tanto, su actuación fue deficiente. La generación de Derrida fue precedida por Claude Levi-Strauss, que llegó a Nueva York en 1941, circunstancia que permite a Greif afirmar especulativamente que el momento clave en el que se produjo la *teoría*, tanto en Francia como en Estados Unidos –el encuentro de Levi-Strauss con Roman Jakobson–, había ocurrido «en Nueva York en 1945». La principal amenaza al discurso sobre el hombre fue el énfasis de Levi-Strauss sobre la cultura del etnocentrismo, siguiendo la tradición de Boas. De hecho, el comienzo de *De la gramatología*, la obra pionera de Derrida (1967), cita el etnocentrismo como una de las grandes condiciones que la gramatología debe desafiar.

Y, entonces, ¿dónde estamos ahora? Cualquier libro que aspire a asimilar y abarcar tanto como este está casi obligado a comparecer con su propio conjunto de recomendaciones, y en este punto yo tengo algunas reservas. Greif lamenta que la filosofía analítica y la teoría continental se hayan posicionado como oponentes en la campaña por la manera adecuada de lograr la justicia y la liberación. Y no ve ninguna señal de que los defensores y los críticos de la idea de sujeto vayan a aproximar posiciones. La «antinomía ciega» de la filosofía universalizadora y la «teoría antihumanista», esa diferencia persistente, aunque no sea necesariamente demostrable, evocada aquí mediante la pugnaz confrontación entre Chomsky y Foucault, es el tema admonitorio que vertebra la meditación sobre «el punto de partida del pensamiento del siglo XXI» con la que concluye el texto de Greif. Su convicción es que estas dos tradiciones «van de la mano», especialmente porque la novela ya no es, parece ser, el lugar donde puedan ser puestos a prueba los límites del «individualismo sentimental y metodológico» latente en el discurso sobre la crisis del hombre.

¿Y cuál es la labor del crítico académico? Sin duda, el señalar, como muy bien hace Greif, que en la historia de las ideas hay conjunciones infradesarrolladas y tal vez latentes que podrían formar la base de alianzas útiles. Pero esto exige reflexionar sobre la famosa afirmación de Althusser de que la ideología no tiene historia. Puede que no se logren resultados, o que estos sean pocos, señalando las preocupaciones comunes entre facciones rivales, cuando lo que importa es la persistencia de la facción misma como expresión de intereses creados y condiciones materiales. Greif no es el primero en ocuparse de la proliferación de *pos* en nuestras autodescripciones habituales (posmodernismo, poshumanismo, poshistoria), pero señalar que, en su mayor parte, hay una continuidad con formulaciones previas (por parte de Charles Olson, Alexandre Kojève, Irving Howe) y que, por lo tanto, son parte de «un todo complejo» es probablemente limitarse a exigir un paradigma de periodización más amplio del que ahora está de moda sin esforzarse demasiado en explicar el poder de resistencia del propio paradigma. A veces Greif parece rechazar en exceso que algo pueda ser nuevo o diferente. Solo porque algunas discusiones sobre el Antropoceno se refieran a la «humanidad», ello no establece, en ningún sentido profundo, que sean la misma «charla» a la que hemos asistido en el periodo de la «crisis del hombre», ni tampoco demuestra que estemos en las garras de algún deplorable ciclo de «repetición sin profundidad». En momentos como este, una hartura del mundo inmerecida amenaza con invadir todo el relato. ¿Estamos realmente atrapados en «una especie de repetición compulsiva en el ámbito del pensamiento elevado» que nos impide tanto el pensamiento como la acción? El nombre que esto recibía antiguamente era ideología. Y si bien muchos de los que hoy en día cortan el bacalao se muestran reticentes a recuperar un

término semejante, prefiriendo discursos, historias-concepto y genealogías, todavía no nos han enseñado lo que son capaces de hacer sin lo que este representaba: la decisión de investigar, tras las apariencias, lo que hace que la repetición (si es que se trata de eso) no pierda fuerza.

Dicho de manera más general, ¿cómo se puede evaluar la construcción de Greif en tanto que historia intelectual? ¿Qué es lo que revela sobre estos pensadores que nosotros aún no sabemos y qué es lo que oculta? Una evaluación así comenzaría con la periodización. *The Age of the Crisis of Man* es una historia de la cultura y la cultura a menudo se vincula de manera imprecisa al espacio y al tiempo, aunque evidentemente dependa de ellos. Es raro, por lo tanto, ver fechas tan específicas, 1933-1973, presentadas como las fronteras del discurso sobre el «hombre» de mediados de siglo. Por supuesto, 1933 se puede catalogar como el principio tanto del *Hitlerzeit* como de la presidencia de Franklin Delano Roosevelt, mientras que, en debates sobre periodización, 1973 es tal vez más conocido por la crisis del petróleo, el final de Bretton Woods o el nacimiento consensualmente entendido de la posmodernidad. El alto el fuego en Vietnam, el derrocamiento de Allende, el Watergate y la semana de tres días en Gran Bretaña también exigen nuestra atención. Pero ninguna de estas coordenadas figura en la cronología de Greif, cuya precisión nunca se explicita. El género de la «crisis del hombre» transcurre, por lo tanto, sin relación directa de ninguna manera con la política o la economía, los determinantes habituales de los modelos de periodización, como los propuestos por Hobsbawm, Wallerstein o Arrighi. Los acontecimientos históricos-mundiales que han moldeado el pensamiento de «mitad de siglo»: 1914-1918, la catástrofe de la «era del imperialismo», la ola de revoluciones proletarias que surgió de ella, el desastre de la economía del *laissez faire* en Europa y, después de 1929, la Gran Depresión, desaparecen de la vista.

También se deja de lado todo lo que precedió a la década de 1960: C. Wright Mills y Michael Harrington, por ejemplo; Marcuse solo aparece en 1964. Nos enteramos casi por accidente de que los «Intelectuales de Nueva York» (la mayúscula es de Greif) estuvieron ausentes del discurso sobre la «crisis del hombre» hasta 1945, porque estaban inmunizados contra él por el marxismo: los antiguos trotskistas se unieron a la gran conversación solo después de haber girado hacia la derecha al inicio de la Guerra Fría. Esto da una impresión inevitable de que el debate, tal y como Greif lo construye, fue la propiedad exclusiva de los liberales que estaban dentro del sistema. Prácticamente las únicas excepciones son Horkheimer y Adorno, que figuran de manera solo tangencial en el relato de Greif. Por supuesto que *La dialéctica de la Ilustración* era una publicación en alemán, solo disponible para unos pocos escogidos antes de 1969, y solo pudo leerse en inglés a partir de 1972, pero sus reflexiones sobre la industria cultural en particular, tan influyentes en los últimos cincuenta años, plantean cuestiones más

profundas y agudas que las que planteaban la mayoría de aquellos que Greif sitúa en la corriente mayoritaria. Horkheimer y Adorno ofrecen algunas reflexiones realmente incisivas sobre la fabricación del hombre genérico y sobre la interpelación a las mínimas idiosincrasias que lo vuelven creíble para una población condicionada por los medios de comunicación de masas. Por encima de todo, dejan claro que la mercantilización de la naturaleza humana, al estilo estadounidense, no es algo que pueda debatirse al margen de la mercantilización de los recursos y de las acciones que permitirán la globalización de las doctrinas neoliberales, un proceso que no impulsaron las ideas intelectuales, sino la monopolización de la riqueza y de la salud (por ejemplo, la financiación de los primeros estudios sobre la gramática universal procedía del Departamento de Defensa).

Las afirmaciones sobre la semejanza de la naturaleza humana, en otras palabras, no pueden nunca dissociarse de los usos que los publicistas y los guerreros de la Guerra Fría encontraban para ellas. En *The Age of the Crisis of Man* no se trata apenas del macartismo, ni de su efecto escalofriante sobre la vida intelectual estadounidense. Aunque relativamente pocos de quienes aquí se examinan pasaron a la lista negra, fueron encarcelados o deportados como resultado de la caza de brujas, muchos sí sintieron los efectos de las investigaciones sobre lealtades y las atenciones panópticas del Comité de Actividades Antiamericanas. Una figura del calibre de Talcott Parsons (aquí mencionado una única vez) fue acusado de ser comunista. Se podría decir que no es una atmósfera que favorezca un debate libre y animado sobre si parte de la responsabilidad sobre el hombre totalitario pudiera localizarse más cerca de casa. Un efecto colateral de la decisión de Greif de abstraer los argumentos que estos pensadores producen sobre el «hombre» de los diferentes contextos intelectuales e histórico políticos que los originaron es una despolitización sistemática. Incluso una figura tan comprometida como Niebuhr emerge aquí como políticamente neutra. Halcón de Truman y consejero del Departamento de Estado, que figuró en portada de la revista *Time*, Niebuhr defendió la erradicación de Hiroshima y Nagasaki y animó a la intervención militar estadounidense en Grecia y Corea. Aquí su *Naturaleza y destino del hombre* se describe como «la primera obra maestra» del discurso de mitad de siglo. Tal vez es inevitable que para escribir la historia de la corriente mayoritaria en sus propios términos y con relativa buena fe haya que obviar una buena parte de la historia que no ha sido ensamblada por los vencedores. Esos mismos años de especulaciones de altos vuelos sobre la naturaleza humana también contemplaron abiertas y encubiertas intervenciones estadounidenses en Corea, Irán, Guatemala, República Dominicana, Congo, Chile, Vietnam. Tal vez tanto interés sobre el *hombre* solo podría haber arraigado de esta manera en una superpotencia hegemónica. Hasta hoy nunca hemos sido nosotros quienes hemos cometido «crímenes contra la humanidad».

Aun así, podemos aceptar y apreciar la tesis más local del autor: que la novela estadounidense encarna el debate sobre la «crisis del hombre» y proporciona una respuesta a este. Pero, en la medida en la que su intención es «constituir una historia de la moral» y argumentar contra la «locura» de admitir, por ejemplo, que la filosofía analítica y la teoría continental sean falsos opuestos, dan ganas de exigir un poco más de «realidad» para poder entender qué es lo que impide que se identifiquen esas «estructuras reales» (como las llama Greif). La discusión sobre qué es lo que en el hombre es universal y qué es histórico lleva produciéndose al menos desde Schiller, Herder y la escuela escocesa de economía política; se puede contemplar, por ejemplo, en el primer capítulo de *Waverley*, de Walter Scott. También ha sido presagio de una crisis, de la generada, por ejemplo, por la división del trabajo o por la economía del lujo. Pero esto no lo convierte en el mismo debate. Si es que hay, como dice Greif, un «complejo de repeticiones», bien pudiera ser porque hay demasiada poca gente que tiene un incentivo para señalar que la repetición misma es el punto. En *El orden de las cosas* Foucault conjeturó que las ciencias del hombre estaban condicionadas por una inestabilidad hermenéutica inevitable desde el momento en que estas se empeñaron en especificar analíticamente como objeto los términos y condiciones de un sujeto en evolución, la vida misma. La aspiración hacia lo científico y el proyecto de la *Kritik* se han enfrentado a este dilema y, aunque quizá no puedan proporcionar soluciones definitivas, sin duda nos recuerdan que, si de hecho estamos «entrando en otro momento confuso e ignorante en lo que se refiere a la construcción de nuestro sujeto fundamental», se puede recurrir entonces a algo menos autorreproducido que a la historia de las ideas (o de la moral) para tratar de lograr un entendimiento de esta confusión: a una historia, quizá, de quién hacía daño y a qué se le hacía daño.